
Elvira o la Novia del Plata

Esteban Echeverría

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8754

Título: Elvira o la Novia del Plata

Autor: Esteban Echeverría

Etiquetas: Poesía

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 21 de febrero de 2026

Fecha de modificación: 21 de febrero de 2026

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

I

Belleza celestial y encantadora;
inefable deidad, que el mundo adora,
que dominas el Orbe, y das consuelo,
inspirando con pecho generoso
el sentimiento tierno y delicioso,
que os prodigara el Cielo,

a vos invoco: favorable inspira
el canto melancólico a mi Lira
de amor y de ternura,
y un nuevo lauro a mi triunfal corona
la Beldad ciña Numen de Helicon
de mirto y rosa pura.

Alza gozoso, vos, casto Himeneo,
y halagüeño el semblante, que ya veo
a tus humeantes aras
con rubor acercarse tierna y bella
a consagrarte tímida doncella
de amor primicias caras.

Cándidos y amorosos corazones
en tu altar sacrosanto nunca dones
más puros ofrecieron,
para volver a tu deidad propicia,
y del tálamo dulce la delicia
gozar que pretendieron.

II

La aureola celestial de virgen pura,
el juvenil frescor y la hermosura
los encantos de Elvira realzaban,
dando a su amable rostro un poderío,
que encadenaba luego el albedrío
de cuantos la miraban.

Sus ojos inocencia respiraban,
y de su pecho solo se exhalaban
inocentes suspiros,
hijos del puro y celestial contento,
que de las dulces ansias vive exento
del amor y sus tiros.

Mas vio a Lisardo, y palpitó su pecho
de extraña agitación, y satisfecho
se gozó enardecido,
cuando de amor arder la viva llama,
que con dulce deleite nos inflama,
sintió, no apercibido.

Como la planta que al Favonio aspira,
que en torno de ella regalado gira,
nueva existencia siente;
así Lisardo al ver de su querida
el amante cariño, nueva vida
sintió en su pecho ardiente:

el noble orgullo se amparó de su alma,
del que adornado de triunfante palma
se avanza entre despojos,
y un mundo de risueñas ilusiones,

de esperanzas felices y ambiciones,
se reveló a sus ojos.

La juventud es tierna y persuasiva,
y fácilmente con amor cautiva
la beldad inocente,
cual céfiro apacible con su arrullo
halagando a la rosa en su capullo
meliflua y dulcemente;

así el amor el sentimiento inspira,
y así Lisardo el corazón de Elvira
poseyó satisfecho:
amáronse, y creciendo su ternura
apuraron delicias de ventura
con inocente pecho:

así pasaron en amantes juegos
largo tiempo felices, y sus fuegos
y su pasión crecieron;
uno era su sentir, y cual hermanas,
con inefable hechizo, soberanas
sus dos almas se unieron.

III

Tu serás mía,
tierno decía
Lisardo a Elvira;
aunque el destino
cierre el camino
de mi ventura,
la pura llama
que al Sol inflama
antes, Elvira,
que mi ternura
se extinguirá.
Serás mi esposa,
y el Himeneo
nuestro deseo
satisfará;
que aunque el destino
cierre el camino
de mi ventura,
la llama pura
de mi ternura
no extinguirá.

IV

Así Lisardo de su dulce amiga
la esperanza halagüeña alimentaba,
y con ardua fatiga
el campo de las ciencias exploraba,
para volver a el hado más benigno,
y arrancando un favor a la fortuna,
que contraria le fue desde la cuna,
de su mano y amor hacerse digno.
en tanto una mirada de sus ojos,
de su boca risueña un dulce beso,
hurtado a la inocencia entre sonrojos,
aligeraban de su afán el peso,
y llenaban su ardiente fantasía
con la imagen feliz y encantadora
del venturoso día,
en que triunfando su pasión constante
del ingrato destino,
apurase en el tálamo divino
las caricias y halagos de su amante.

V

Era de primavera un bello día,
cuando el Sol en la esfera
más rutilante y majestuoso impera;
cuando el campo se viste de verdura,
y risueña y brillante la natura
ostentando su fuerza y lozanía,
nos convida al placer y la alegría.
En el jardín ameno,
que vio nacer sus plácidos amores,
respirando el aroma de las flores,
y a la sombra sentada
de una fresca enramada,
Elvira recorría en su memoria
la deliciosa historia
de sus amores, y la vez primera,
día también de riente Primavera,
en que a Lisardo vio, y estremecida
se sintió palpitante
su corazón amante;
y en tan dulces recuerdos embebida,
de gozo suspiraba,
y su angélico rostro se animaba,
mostrándose más bello
con el fugaz destello
del júbilo que en su alma rebosaba;
mas vagó de repente
en su risueña mente
como triste y fatal presentimiento;
oscureció el pesar su alegre frente,

y así cantó con melodioso acento

VI

Creció acaso arbusto tierno
a orillas de un manso río,
y su ramaje sombrío
muy ufano se extendió;
mas en el sañudo invierno
subió el río cual torrente,
y en su túmida corriente
el tierno arbusto llevó.

Reflejando nieve y grana
nació garrida y pomposa
en el desierto una rosa,
gala del prado y amor;
mas lanzó con furia insana
su soplo inflamado el viento,
y se llevo en un momento
su vana pompa y frescor.

Así dura todo bien;
así los dulces amores
como las lozanas flores
se marchitan en su albor;
y en el incierto vaivén
de la fortuna inconstante
nace y muere en un instante
la esperanza y el amor.

VII

Cuando el triste infortunio nos amaga,
su imagen melancólica divaga,
cual sombrío fantasma ante los ojos,
y como si temiera sus enojos,
a su pesar el corazón empieza
a presentir el mal en la tristeza.
Así pensó Lisardo, que escuchaba
con asombro y encanto
de Elvira el triste canto;
y acongojado, y con inciertos pagos
a consolar su pena se acercaba;
mas violo Elvira, y se arrojó en sus brazos,
hechizadas sus bocas se encontraron,
de júbilo sus pechos palpitaron,
y en deliquios de amor, dulces abrazos,
mundo, pesar, temor, todo olvidaron.
¿Quién a mi Lira, o a mis versos diera
la fragancia amorosa y hechicera,
que en la mansión de amor se respiraba,
o a mi marchito corazón el fuego,
que en días más felices lo animaba...?
Más angélica nunca y rozagante,
más amable, más tierna, más hermosa,
más llena de atractivo y amorosa
se mostró Elvira a su feliz amante.
Ángel, astro benigno, o clara estrella
nunca resplandeció más pura y bella
a los ojos del triste caminante.
El jazmín albo y la purpúrea rosa

con su matiz brillante
disputaban el premio a los sonrojos
de realzar sus cándidas mejillas
y languidez amable de sus ojos
el fuego moderaba,
y su dulce atractivo relevaba;
mientras que de su sien por las orillas
en madejas ondeantes
sus cabellos airosos se extendían,
y cual oro entre perlas relucían.
Un fuego devorante
corría de Lisardo entre las venas
al apurar de Elvira las caricias,
y nadando en delicias
palpitar se sentían sus dos pechos.
Sus ardientes suspiros se mezclaban,
y sus trémulos labios se abrasaban
en mutuo fuego... ¡Celestial deleite,
éxtasis del amor, dulces primicias
de la ternura fiel y encantadora,
cuan gratos sois al corazón que adora!
Lisardo rebosando
de júbilo y ternura
le dijo: «Amiga, compasivo el cielo
al fin colma mis votos y mi anhelo;
la fortuna enemiga, que en su infancia
con envidia miró nuestros amores,
ha cedido por fin a mi constancia,
Aunque con mano avara, sus favores,
y tu feliz amante
a par su mano en holocausto digno
puede ofrecerte un corazón constante.
Tuyo es el triunfo, Elvira, el lauro mío
que al amor yo consagro, pues benigno
su activo fuego al corazón dio brío.

Él me inflamó: su abrasadora llama,
cuando miré tu perfección divina,
y consagré a su culto mi albedrío,
a mi existencia dio una nueva vida,
y me inspiró, a la par del sentimiento
el tierno y generoso pensamiento
de idolatrarte esposa,
de ser feliz, y hacerte venturosa.
Unida a tu existencia está la mía
Por siempre, Elvira, desde aqueste día,
este anillo nupcial ligue propicio
con lazo indisoluble nuestros seres,
hasta el día feliz en que Himeneo
ante el ara sagrada
consagre nuestra unión entre placeres,
corra el tiempo veloz anonadando
cuanto encuentre en su rápida carrera;
yo nada temo su terrible mando,
pues cuanto adoro, y cuanto amé poseo.
Prodigue la fortuna sus favores
al que anhela riquezas, o victorias,
que Lisardo feliz ya nada espera
de su vaivén, ni ambiciono más glorias
que ser querido, idolatrar a Elvira,
consagrarle su vida y sus amores.
Nuestras almas, Elvira, abandonemos
a los transportes del amor supremos;
huya de tu halagüeña fantasía
la imagen del pesar; su saña impía
ya no puede alcanzarnos, pues que unidas
nuestras dos almas vivirán por siempre.
Durará nuestro amor; ya la esperanza
nos sonrío halagüeña,
y la senda florida nos enseña,
por do a su fin declinan nuestras vidas

en calma siempre y próspera bonanza.
Nuestras almas, Elvira, abandonemos
a los transportes del amor supremos,
al júbilo, al placer y a la alegría,
tuyo por siempre soy, y tú eres mía.
Mas ¿qué pesar recóndito y tirano
acibara tu gozo, Elvira mía?
¿Por qué tristes tus ojos y sombríos,
esquivan mis miradas? ¿Por qué vuelves
a otra parte su encanto soberano,
y no segundas los transportes míos?»
«Mi corazón, mi vida, mi albedrío,
toda yo tuya soy, Lisardo amado;
y aunque el destino airado
separe acá en la tierra nuestra suerte,
anonadando nuestra gloria impío,
tuya seré, triunfando de la muerte.
Mas no sé qué fatal presentimiento
acibara hoy mi dicha y mi contento,
y en secreto me dice: «Tus amores
finarán pronto, Elvira, y tu ventura;
del tálamo halagüeño
el éxtasis de amor y de ternura
no gozarás en brazos de tu dueño;
porque el amor y la esperanza es sueño,
y cual la flor del campo solo dura».
Yo no sé qué fantasma nos rodea
de infortunio y pesar, y nuestras glorias
amaga devorar en un momento.
Tiemblo al pensar que el Himeneo sacro
ante el ara de Dios, y el simulacro,
va a unirme a ti con título de esposa,
y vacila mi planta temerosa,
cuando anhelante el corazón desea.
Impresa aún en mi mente veo y siento

la imagen de fantasma tenebrosa,
que anoche vino a mi tranquilo lecho
a conturbar y acongojar mi pecho.

VIII

«Yo vi en mi sueño
dos corazones
de amor ufanos
y juventud,
que se buscaban
como atraídos
por un hechizo
de gran virtud.

El Himeneo
iba a enlazarlos
con el anillo
del puro amor,
y ellos ardientes
se encaminaban
a la ara augusta
del sacro Dios.

Mas de repente
el negro brazo
de un esqueleto
que apareció,
su mano en medio
de los dos pechos
puso, y con furia
los separó.

A unirse ansiosos
buscaban ellos,
ardiendo en fuego,
del puro amor;
pero la mano

los separaba,
interrumpiendo
su dulce unión.

Tocolos luego
los corazones
se marchitaron
como la flor,
y en el semblante
del negro Espectro
turbia sonrisa
fugaz vagó».

«Esas tristes imágenes olvida,
Visiones de la mente en desvarío;
huya de tu halagüeña fantasía
la sombra del pesar, Elvira mía,
pues tu destino al mío,
colmando nuestros votos y deseo,
va a unir por siempre plácido Himeneo
nuestras almas Elvira abandonemos
al júbilo, al placer y a la alegría,
a los transportes del amor supremos
tuyo por siempre soy, y tú eres mía».

IX

Lisardo solo en su campestre albergue
los pasos melancólico contaba
del tiempo, siempre lentos
para el que halaga la esperanza vana.
La noche era sombría, triste el cielo,
y cubierto de nubes, anunciaba
la tempestad, y solo por momentos
la luna melancólica asomaba,
como fúnebre antorcha sobre el mundo
su amortiguada faz, mientras profundo
el eco de los vientos resonaba,
penetrando con lúgubre silbido
de Lisardo en la estancia, que transido
de congoja y terror te estremecía.
Mil imágenes tristes revolvía
En su agitada mente,
y en vez de rostro afable
de la esperanza riente
que otro tiempo en silencio lo halagaba,
atónito y confuso solo vía
el de fantasma tétrica y sombría,
que su pecho constante
del de su Elvira amante
con furor separaba,
y con ojos de envidia devoraba
su gloria, sus amores y ventura.
Vagando por los aires mustiamente
parecía que oía
acento funeral que repetía:

«Como la flor del campo tierna y pura
así el amor y la esperanza dura».
Y el eco de los vientos resonando,
penetraba con fúnebre armonía
en su tranquila estancia, y poseído
Lisardo de terror se estremecía.
El fatídico bronce sonó la hora
fatal de los espíritus malignos:
Lisardo a su balcón salió impelido
al parecer por astros no benignos,
a contemplar la tempestad sonora,
y buscar de sus ansias el olvido;
cuando visión nocturna de repente
hirió sus ojos, y absorbió su mente.

X

Del espeso bosque y prado,
de la tierra, el aire, el cielo,
al fulgor de fatuas lumbres
con gran murmullo salieron
sierpes, grifos y demonios
partos del hórrido averno,
vampiros, gnomos y larvas,
trasgos, lívidos espectros,
ánimas en pena errantes,
vanas sombras y esqueletos,
que en la tenebrosa noche
dejan sus sepulcros yertos,
hadas, brujas, nigromantes
cabalgando en chivos negros,
hienas, sanguales y lamias,
que se alimentan de muertos,
aves nocturnas y monstruos,
del profundo turbios sueños,
precita raza que forma
de Lucifer el cortejo:
todos, todos blasfemando
con gran tumulto salieron,
de infernales alaridos
llenando el espacio inmenso.
Y el eco de los vientos penetraba,
resonando con hórrida armonía,
de Lisardo en la estancia, que miraba
como pasmado la visión sombría.
Lucifer con cetro y tiara

descollaba en medio de ellos,
y los demonios cantaban
salmos al rey del averno,
mientras fantasmas y monstruos,
formando un círculo inmenso,
para el sabático baile
se preparaban contentos
la orgía fatal comenzaba...
Mas de repente se vieron
centelleando en las tinieblas
como serpientes de fuego,
que por el aire trazaban
este emblema del infierno
«El amor y la esperanza
no son sino un vano sueño».
Un espectro entre sus manos
dos corazones sangrientos
oprimía, palpitantes,
llenos de amoroso fuego,
y con diabólica risa,
deleitándose en poseerlos,
los unía y separaba
su amor burlando y anhelo.
Y el eco de los vientos penetraba,
resonando con hórrida armonía,
de Lisardo en la estancia, que miraba
como pasmado la visión sombría.
Entre la turba infernal
reinó el silencio un momento...
cuando de lumbres cercados
dos fantasmas parecieron,
una virgen bella y joven
sobre sus hombros trayendo
con las galas adornada
del venturoso Himeneo:

la aparición repentina
todos miraron atentos,
mientras los turbios fantasmas
con huesosos largos dedos
la doncella despojaron
de sus nupciales arreos,
y con la negra mortaja
del sepulcro la vistieron:
luego entre la turba inmensa
todos tres se confundieron,
continuaron los aullidos,
y los infernales juegos...
Cantó el gallo en la alquería,
y con murmullo tremendo
la turba inferna de sombras
se perdió cual humo al viento.
Y el eco de los vientos aplacado
penetraba con fúnebre armonía
de Lisardo en la estancia, que pasmado
vio disiparse la visión sombría.

XI

En su trono de fuego el mediodía
reinaba rutilante y majestuoso,
y Lisardo infeliz desde la aurora
sumergido yacía
en letargo profundo y silencioso.
despertó al fin; la fiebre consumía
su desolado pecho, y el delirio,
monstruo infernal que la razón devora,
de espantosas imágenes llenaba
su ardiente fantasía -Ya la noche
se encaminaba en su enlutado coche
por el opaco empíreo, y anunciaba
encapotado el cielo
a la tierra infeliz nuevas escenas
de tempestad y duelo;
cuando molesto y grave
bajó el sopor a adormecer sus penas.
Pero a atormentarlo entonces
vino la turba de engendros,
y tenebrosas visiones
que aborta en la noche el sueño.
Contemplaba ora pasmado
bajo del nocturno velo
la precita muchedumbre,
a la orgía inferna acudiendo
ora por el aire vago
como serpientes de fuego,
trazando emblemas fatales
de desolación y duelo;

ora entre sus secas manos
un descarnado esqueleto
oprimiendo palpitantes
dos corazones sangrientos;
ora dos negros fantasmas
sobre sus hombros trayendo
engalanado y vestido
de una doncella el espectro
«Elvira, Elvira» Lisardo
agitándose en su lecho
exclamó entonces, y «Elvira»
repitió lánguido un eco.
«Dadme a mi esposa y mi vida,
horrorosos esqueletos,
dadme a mi Elvira» y, «Elvira»
por los aires repitieron.
Calló Lisardo: una antorcha
brilló con fulgor incierto
en la puerta de su estancia,
y vio al pálido reflejo
¡oh terror! ¡oh encanto! a Elvira
acercarse a pasos lentos,
de alba túnica vestida,
suelto el dorado cabello.
«Elvira, Elvira, mi esposa»,
exclamó entonces de nuevo
transportado de alegría,
«¿cómo es que a esta hora te veo?
ven a mis brazos, querida
ven a mi amoroso seno,
y disipa las angustias,
que por ti sufre mi pecho.
¿Por qué tan lánguida te hallas,
hermosa flor del desierto?
¿Es que el rigor has sufrido

de algún inflamado viento?
¿Por qué tus ojos se fijan
sobre mí mustios y yertos,
del dulce encanto desnudos,
y del amoroso fuego
que hechizaba mis sentidos
y mis potencias a un tiempo?
Algún pesar inhumano,
algún cuidado secreto,
envidioso de tu dicha
roe tu inocente pecho,
mi Elvira, y sobre tu rostro
vierte su infausto veneno.
Ven a olvidar tus congojas,
ven a mi amoroso seno,
ven, idolatrada amiga,
que ya plácido Himeneo
ante el ara sacrosanta
consagró nuestros afectos.
Pero ¡oh placer, oh delicia!
Elvira mía, aún te veo
con las galas adornada
del venturoso Himeneo,
deja esas joyas preciosas,
deja ese rubor secreto
que la inocencia te inspira;
ven a mi amoroso seno,
ven, Elvira, y venturosos
a los transportes supremos
del tierno amor nuestras almas
sin temor abandonemos».
De Lisardo a los transportes
cual si fuera mármol yerto
yacía Elvira, guardando
mudo y tétrico silencio.

«Muerta al placer es tu Elvira,
Lisardo, que el mismo fuego
que corría en sus entrañas,
ha devorado su pecho.
Una ley fatal temprano
ha congelado en mi cuerpo
la sangre que por ti ardía,
pero no ha helado mi afecto;
y esta misma ley me obliga
a sofocar en el seno
mi pasión, y cuanto encierra
por ti de amoroso y tierno.
Pero el rigor inhumano
yo he burlado de su imperio,
y cual sombra de noche
a verte, Lisardo, vengo:
mi alma a la tuya está unida
a pesar del hado adverso
con los inefables lazos
del amor y el Himeneo.»
Calló Elvira: misterioso
reinó el silencio de nuevo,
y suspiros amorosos
interrumpidos se oyeron.
«Frío está, mi dulce amiga,
como la nieve tu cuerpo;
tendré el poder de animarlo
con mis inflamados besos,
aunque despojo insensible
fuera del sepulcro yerto.
Corred torrentes
de amor ardientes,
¿cómo me inflama
todo la llama
de amor, no sientes?»

El voluptuoso delirio
de amor lo transporta luego,
y las caricias y halagos
pábulo dan al incendio
«¡Oh, qué delicia! ¡Oh, qué encanto!
¡Oh, qué deleite supremo,
del objeto idolatrado
sentir palpar el pecho;
beber amor de sus labios,
bañarse en halagos tiernos!
Corred torrentes
de amor ardientes,
¿cómo me inflama
todo la llama
de amor, no sientes?
Mas ¡oh terror! yo deliro...
Trémula, Elvira, te siento,
insensible a mis halagos
cuando yo todo me enciendo.
El casto rubor sin duda
vierte en tu sangre su hielo.
déjame ser venturoso...».
«Joven insano ¿qué has hecho?
ya para ti se acabaron
amor, esperanza y sueños
de felicidad y dicha;
has abrazado a un espectro».
Resonó fúnebre entonces
la hora fatal de los muertos,
y de repente en la puerta
del silencioso aposento
clamó una voz imperiosa:
«Elvira, Elvira, ya es tiempo».
Despertó Lisardo al punto,
y la visión de su sueño

como fantástica sombra
se disipara al momento.

XII

El luminar del día
reclinaba su frente
sereno y majestuoso en occidente,
y fugaz el crepúsculo esparcía
melancólico velo sobre el mundo.
Multitud silenciosa y pensativa
en rededor de un féretro marchaba,
donde mortal despojo se veía
cubierto con el cándido ropaje
de la inocencia, y en su sien ceñida
de azucenas y violas amorosas
corona virginal, aún no marchita,
mas de repente en medio del concurso,
un joven se arrojó; tendió su vista
sobre el fúnebre ataúd, y repitiendo
con grito de dolor «Elvira, Elvira»
exánime cayó en el duro suelo
con pasmo de la triste comitiva.
Así se desvanece la esperanza
que dio un instante a la existencia vida,
y el encanto de amor y la hermosura
como flor del desierto solo dura.

Esteban Echeverría



José Esteban Echeverría Espinosa (Buenos Aires, Virreinato del Río de la Plata; 2 de septiembre de 1805 - Montevideo, Uruguay; 19 de enero de 1851) fue un escritor y poeta argentino, que introdujo el romanticismo en su país. Perteneciente a la denominada Generación del 37, es autor de obras como Dogma socialista, La cautiva y El matadero, entre otras.

Un joven Echeverría recién vuelto de sus estudios en Francia publicó en un diario local en forma anónima en 1832 lo que sería considerado el primer relato romántico argentino, Elvira o la novia de Plata, mientras que El matadero se considera el primer relato realista argentino. El matadero, de estilo diferente de sus otras obras, fue publicado muchos años después de su muerte y atribuido a su persona, pero fue más relevante por sus obras de contenido político que desde el contenido literario; fue el líder natural del movimiento en el seno del cual se formaría la Asociación de Mayo, que le daría nombre a la generación del 37. Fue el redactor del Dogma socialista y la ojeada retrospectiva que lo acompaña en 1846, considerado un escrito germinal inspirador de la Constitución de 1853.